

Posteriormente hizo uso de la palabra el delegado oficial del Ministerio de Educación, profesor Osvaldo L. Narváez, quien felicitó a los congresistas por la labor realizada, concluyendo que la subsecretaría del Ministerio está empeñada en una labor de planificación de la enseñanza, a la que la sociología puede prestar grandes servicios.

A continuación hicieron uso de la palabra el delegado de la Universidad Católica Argentina, P. Antonio Donini; el representante de Santiago del Estero, Dr. Julio C. Castiglione; el representante de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Montevideo, arquitecto Juan P. Terra; el licenciado mendocino Luis Triviño; el doctor Pedro David, de Buenos Aires; el profesor Pereyra, de Bolivia, y finalmente, el presidente del Congreso, Dr. Juan Ramón Guevara. Este último orador, en brillante alocución, destacó la importancia del acercamiento en-

tre maestros y alumnos para bien de la ciencia sociológica.

Al terminar el Congreso, en el corazón y en los labios de todos los congresistas, había optimismo y satisfacción por la obra realizada. Este primer Congreso Argentino de Sociología dejaba un saldo muy positivo; y como se expresó el delegado de la Universidad Católica Argentina en la sesión de clausura, "este Congreso abre una nueva página —que se augura luminosa— en la historia de la sociología argentina". Con estas esperanzas y estos votos, se clausuró el Congreso de Mendoza. Superadas las discusiones inútiles, había en el ánimo de todos los congresistas, un deseo y un propósito sincero de trabajar, de hacer sociología, a fin de que el estudio y el conocimiento objetivo de la realidad argentina sirva de base para la solución de los problemas políticos, económicos, sociales y religiosos que aquejan a nuestra sociedad.

Desintegración de la "RAU"

Por JUAN SEHADE

EN los países limítrofes a Siria —Líbano, Jordania e Israel— se esperaba, desde hace más de un año, con mayor o menor seguridad, el acontecimiento que acaba de ocurrir. Los sirios que cruzaban la frontera libanesa (refugiados políticos, comerciantes o simples turistas) procedentes de Damasco, de Alepo o de Hosms no ocultaban el ambiente de una próxima revolución, sobre la cual, sin embargo —¿ignorancia, discreción?— no daban detalles.

En verdad, un observador experimentado, oriental u occidental, tendría que ver la constitución de la República Árabe Unida, como un doble desafío hecho des-

de sus comienzos a la historia y a la geografía del Próximo Oriente. El mismo Nasser dudó en aceptar esta unión propuesta por Siria, y desde el principio ciertos sirios de las clases dirigentes habían manifestado un escepticismo irritante. ¿Por qué los sirios, hace tres años, se habían lanzado a esta aventura? ¿Por qué vienen ahora a deshacer brutalmente una unión nacida por su propia iniciativa? ¿Cuáles son las perspectivas que abre el retorno a la independencia de la que fue Provincia Norte de la RAU?

Cuando hace 44 meses el Presidente de la República Siria, Chucrí Kwatly, entregó su país a Gamal A. Nasser, los ob-

servadores políticos interpretaron este gesto como una iniciativa esencialmente destinada a salvar a Siria del comunismo. Efectivamente, después de dos ensayos de dictadura militar, de características muy distintas y de corta duración, la Siria se encontraba de nuevo sumergida en la anarquía, en provecho evidente del elemento comunista, muy antiguo y muy activo en ese país, a pesar de la condenación con que había sido sancionado.

Según los dirigentes políticos del momento, el presidente Nasser, por su prestigio personal y el ideal panarábigo que representaba, era el único capaz de fortalecer y reorientar a su modo las energías populares, infligiendo así un golpe decisivo a la penetración comunista. Es verdad que entonces encontrándose Nasser en la etapa netamente antioccidental de neutralismo positivo, parecía filtrar, también él, con la URSS. Sin embargo, era claro que todo eso no constituía sino una maniobra política, peligrosa sin duda, pero que el "leader" egipcio parecía dominar.

Sin embargo este aspecto negativo no habría sido suficiente para determinar la iniciativa siria, si los mismos jefes políticos no hubieran confiado en el advenimiento del Panarabismo. Es necesario recordar, que —con excepción de una pequeña minoría de jefes e intelectuales de mentalidad muy occidental— el musulmán, en general, permanece profundamente sensibilizado al ideal coránico de una patria árabe que coincidiera con la "comunidad de los creyentes", o al menos con aquella parte de esta comunidad que tiene el insigne privilegio de hablar la lengua del Libro Sagrado. No hay jefe musulmán que, en algún momento de su carrera no haya exaltado la idea de una "patria árabe musulmana, extendida desde el océano Atlántico hasta el golfo Pérsico". Para las masas musulmanas, y en gran parte para las mismas élites, Nasser era el hombre providencial que, después de siglos de ocupación y humillación, conseguiría reunir en una unidad la dispersa comunidad árabe. De este modo, entregándose al jefe egipcio, Siria entendía jugar el rol pres-

tigioso de primera víctima voluntaria en el altar del arabismo. Lógicamente, en efecto, la unión se debía extender, sin demora, a los demás países vecinos: Líbano, Jordania, Irak, Arabia, y al fin, deshacer a Israel.

Estas esperanzas iban a ser desmentidas muy rápidamente. El primer desmentido lo dio el fracaso de la insurrección libanesa. Durante seis meses (mayo-octubre de 1958), la mitad musulmana de la población libanesa, deseosa de entregar el país a la RAU, ensayó en vano el obtener por la fuerza la sumisión de la mitad cristiana. Pero, por una parte, la resistencia obstinada del Presidente de la República, el cristiano maronita, Camilo Chamoun, sostenido por la fidelidad del jefe de gobierno, el musulmán Sami Solh, y por otra parte, la poderosa contrarrevolución, levantada contra las pretensiones musulmanas por la población cristiana, redujeron a la nada la ilusión del ejército sirio, cuya 5ª columna, había prometido a Nasser entregarle el pequeño país vecino en el término de una semana. Durante este mismo tiempo, en Jordania, el joven rey Hussein, gracias a su coraje personal y a la lealtad de su "legión árabe", deshacía numerosos "complots" y hacía abortar diversas tentativas de subversión promovidas por los agentes sirios-egipcios. En un tercer frente iba a fracasar también el esfuerzo de Nasser. Ocurrió al querer librarse de su más temible enemigo, el pro-occidental Noury Saïd Pacha, quien desde hacía mucho dirigía la política del joven Rey Faysal, primo de Hussein de Jordania, y director de los destinos de Irak. Parecía muy fácil librarse de este hombre. A pesar de su capacidad política, Nouri Saïd, durante mucho tiempo había hecho sentir a su pueblo una mano de hierro y, si se hacía respetar, se debía más que nada al miedo que inspiraba.

La revolución iraquesa tuvo lugar en la noche del 13 al 14 de julio de 1958. Pero después del primer entusiasmo delirante con que se festejó el acontecimiento en Siria y en los barrios musulmanes de Beirut, sobrevino una profunda desorientación. El jefe de la revolución, Abdel Karim Kassem se declaraba

independiente de Nasser, para convertir, unos días más tarde, esta independencia en verdadera rivalidad y enemistad.

El triple fracaso del nasserismo en el Líbano, Jordania y en Irak, daba un golpe terrible a la RUA, cuando contaba apenas unos pocos meses de existencia. Moralmente la Siria se encontraba con que había entregado su independencia para nada. En lugar de ser el primer Estado dentro de una inmensa federación de países árabes, se había convertido en realidad en una colonia egipcia. Las autoridades intentaron disimular el fracaso, considerando la unión general de los países árabes como realizada en parte, pero no pudieron engañar a los sirios que consideraban con claridad su situación: eran una colonia dependiente de un país menos avanzado tanto en lo cultural como en lo económico.

La política dictatorial de Nasser iba a permitir crecer este sentimiento de frustración. La destrucción de los partidos políticos y el establecimiento de hecho de un partido único, el dominio de los puestos importantes por mayorías egipcias en los cuadros del ejército, el gobierno, la administración; una planificación que tomó pronto el aspecto de una explotación sistemática en beneficio de Egipto, una política confesional de discriminación en contra de los cristianos, contraria a las tradiciones liberales de la antigua república siria y, en fin, la instauración de un régimen policiaco destinado a garantizar la estabilidad de un sistema; todo este conjunto de iniciativas llevaría lentamente hasta el grado máximo la exasperación general del pueblo sirio, de los musulmanes y de los cristianos. Consciente de estas dificultades, Nasser no cesó de multiplicar sus compromisos con el ejército, el gobierno y la administración. Pero por real que sea su habilidad política, no podía escaparse de la cólera de los dirigentes y del pueblo.

El golpe dado por la revolución siria al prestigio del leader egipcio es innegable. El mismo Nasser tiene conciencia de esto, como lo prueba la rapidez de su respuesta. Atribuir la revolución al imperialismo y a Israel es algo que no

engaña a nadie. Por lo tanto, ¿se debe concluir, como cierto editorialista inglés quería, que esta pérdida de prestigio puede ser de tal envergadura que haga caer a Nasser dentro del mismo Egipto? Es una afirmación apresurada. Como es igualmente apresurado el afirmar que la revolución siria marca el regreso normal al *statu quo* anterior a los estados nacionales árabes formados por Europa. El mito del panarabismo no está muerto en el corazón y el espíritu de los musulmanes y no dejará de ser explotado por ciertos partidos políticos, de miras totalitarias. Dos partidos pueden entrar en escena, ambos más aptos que el nasserismo para realizar la unificación del Próximo Oriente árabe, los dos muy temibles por sus métodos, su acción y sus efectos: el partido comunista sirio libanés; el Partido Popular Sirio (P.P.S.), que cuenta con miembros activos en todos los países árabes. Su nombre sirio, no indica más que una referencia al nombre de "Gran Siria", que designaba al conjunto de países árabes, a los que pretendía reunir.

No habría nada más falso que atribuir a la revolución siria una influencia comunista. El gobierno provisorio establecido por los revolucionarios es simplemente nacionalista y se nota la presencia de amigos del anterior presidente Adab Chichakly, cuyas simpatías pro-occidentales son patentes. Por otra parte el P. C. Siro-libanés está interdicto en ambos países y sus actividades permanecen en la clandestinidad.

Sin embargo se podría preguntar en qué medida gracias al nuevo régimen parlamentario liberal, que la revolución ha dispuesto reestablecer, el partido comunista no conseguirá infiltrarse de nuevo. La satisfacción manifestada por la URSS, por lo menos muestra que, después de los recientes ataques de Nasser al comunismo, los rusos prefieren entenderse directamente con Siria, y que contemplan el panorama surgido de la nueva situación con mayor simpatía.

El Partido P. Sirio puede realizar una acción más inmediata. Fundado por un libanés cristiano, Antum Saade, este partido deliberadamente aconfesional, se presenta como una organización de tipo to-

talitario, dotada de una formación militar excelente y decidida a establecer, a no importa qué precio, la unión de los países árabes del Asia Menor: Líbano, Siria, Irak, Jordania e Israel. Inmediatamente después de la independencia de Siria y Líbano, el partido fue proscrito en los dos países y su jefe juzgado y ejecutado en el mismo Líbano. Bajo el período del Presidente Chamoun el partido pudo encontrar refugio en el Líbano y desde allí desarrollar una campaña sistemática contra el nasserismo: la unión, tal como la entiende el P. P. S. que hace exclusión del Egipto. Durante la revolución libanesa los miembros del P. P. S. contribuyeron a salvaguardar la independencia del país, pues esta era para ellos una fase de la lucha contra el nasserismo. Dada la presencia secreta de sus

miembros en todos los ejércitos de los países árabes, se puede suponer que el partido ha jugado un papel de alguna importancia en la revolución siria. Es evidente que el fracaso de la RAU marca para el P.P.S. el punto de partida de una fase positiva, en la ofensiva para la realización de la Gran Siria.

Las previsiones que permiten los acontecimientos podrían solamente ser enunciadas. Cualquier otra conjetura entraría en el terreno de la profecía. Por el momento es legítimo considerar el retorno a la independencia de Siria bajo un aspecto positivo. Contra el sueño de fórmulas imperialistas trasnochadas del tipo del imperio otomano, vuelve a afirmar su carácter realista la estructura de los estados nacionales heredados de la vieja Europa.

Estudios

NUMERO EXTRAORDINARIO

APARECERA PARA LAS
FIESTAS NAVIDEÑAS